

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

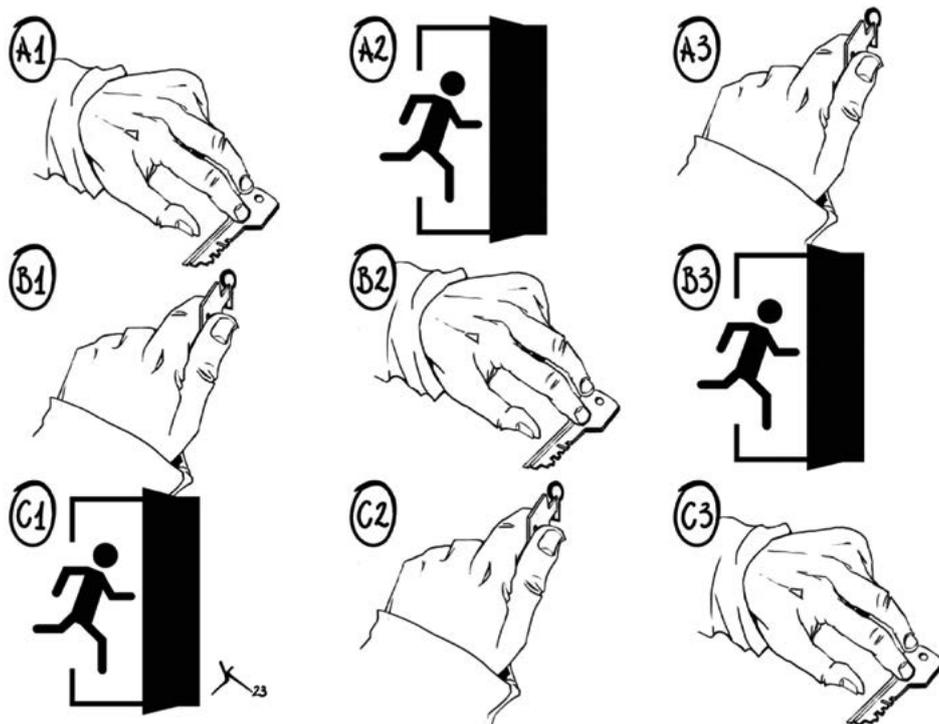
Signo de Dios

Serena Noceti: «Los
diáconos custodian
la fe apostólica y
sirven a la Iglesia
relacionando el
Evangelio con la
vida cotidiana»



Número 34
noviembre-diciembre
de 2023. 5,75 €





Sumario

- 4 **Padres de la Iglesia:** Sacramentos y vida. Vida y sacramento, por Joan Torra
- 5 ¿Qué es un sacramento?, por Jaume Fontbona
- 6 **Dialoguemos:** Serena Noceti: el diaconado de las mujeres, un imperativo, por Carme Munté
- 8 Vivir la sacramentalidad desde la Acción Católica, por Cori Casanova
- 9 Los sacramentos en el diálogo ecuménico, por Carlos Martínez
- 10 **En pocas palabras:** La luz; En la carne, por Paula Depalma
- 11 Inculturar los sacramentos en la vida, por Gabino Uríbarri
- 12 El papel de los sacramentos en la misión de la Iglesia, por Anna Almuni
- 13 **Oración:** Cristo, el sacramento del Padre, por Manolo Juárez
- 14 **En el año litúrgico:** Espiritualidad del Tiempo de Adviento, por Pedro Manuel Merino
- 15 **Las lecturas de los domingos:** Adviento y Navidad, del 3 de diciembre de 2023 al 7 de enero de 2024, ciclo B
- 16 **Todavía te queda por leer:** Los sacramentos en mi vida, por Viqui Molins

Y en la web, material complementario (<http://galilea.153.cpl.es>)



Año 6. Número 34
noviembre-diciembre 2023

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2023/2024:

En papel: 36,00 €

Online: 25,00 €

Precio de este ejemplar:

5,75 €

Dirección:

Quiteria Guirao Abellán
gguirao@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal

Lino Emilio Díez

Jaume Fontbona

Maria Guarch

Dani López

M. Àngels Termes

Consejo asesor:

Natàlia Aldana

Dolores Aleixandre

Elisenda Almirall

M. Antònia Bogónez

Anna-Bel Carbonell

Paula Depalma

Albert Dresaire

Manolo Juárez

Jordi Julià

Montserrat Lluveras

Tere Martín

Carme Munté

Juan Carlos Pérez

Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica

Diputació 231

08007 Barcelona

Tel. 933 022 235

wa: 619 741 047

cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Fondazione Missio – Sezione

CUM

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes

sociales: @CPLeditorial



VIDA SACRAMENTAL

El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida de los hombres, y de la existencia cristiana, en lo que lo visible y material esté abierto al misterio de lo eterno (Francisco, *Luz de la fe*, núm. 40)

El Papa nos lo dice hace diez años en un contexto de nueva evangelización, donde nos pone delante lo que la Iglesia ofrece a las mujeres y hombres que buscamos vivir una vida plena y, así, abrimos al misterio para dar frutos en el tiempo que nos toca vivir.

La *rutina* que nos aportan los sacramentos son signos visibles de la acción de Dios en momentos cruciales de nuestra vida. Esta es la razón que nos ha guiado a elaborar esta revista.

Signo de Cristo

Jaume Fontbona responde a la pregunta qué es un sacramento y la relación Padre, Hijo y Espíritu Santo. La entrevista de Carme Munté a Serena Noceti sitúa el acento en el sacramento del orden, en concreto, el diaconado, un ministerio que anima y promueve la caridad en la Iglesia y que podría estar abierto a la voz y a la acción femenina.

Con Cori Casanovas nos acercamos a la sacramentalidad vivida desde la acción católica y la Eucaristía celebrada en la comunidad parroquial. Siguiendo esta línea, Anna Almuni nos habla del papel de los sacramentos en la misión de la Iglesia.

Carlos Martínez y Gabino Uríbarri tratan las cuestiones, respectivamente, del diálogo ecuménico e inculturar los sacramentos en la vida.

Paula Marcela Depalma finaliza, con «luz» y «en la carne», el ciclo la explicación de los gestos y los símbolos en la liturgia que durante más de dos años hemos podido leer en la sección «En pocas palabras». Agradecemos su trabajo y, naturalmente, hemos vuelto a recurrir a ella para esta misma sección.

Pedro Manuel Merino, actual delegado de liturgia de la diócesis de Getafe (Madrid), es quien aporta el contenido en la sección «En el año litúrgico» del ciclo B que iniciamos este Adviento.

Los sacramentos en la vida, de la religiosa Viqui Molins, cierra la revista.

QUITERIA GUIRAO ABELLÁN
gguirao@cpl.es



Hoja verde 78, serie «Sacramentos»

Intervención de la biblista Núria Calduch-Benages en la presentación del libro *La Palabra celebrada. Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas.*

<https://bit.ly/3us7uE2>

SACRAMENTOS Y VIDA. VIDA Y SACRAMENTOS

Los sacramentos en los que participamos y la vida que vivimos no pueden en modo alguno estar desconectados. Sería falsear el sentido de los sacramentos, que existen, precisamente, por voluntad de Jesús mismo, para que podamos vivir una vida a imagen y semejanza de su vida, cosa que no podríamos hacer de ninguna manera si no fuera porque Él nos da su gracia en los sacramentos; solos no podríamos. Así, los sacramentos nos llevan a una vida cristiana, vivida en el amor de Dios. Y la vida que queremos vivir amando así nos lleva a la celebración de los sacramentos sin los cuales esto sería imposible. San Juan Crisóstomo lo dice con una fuerza especial en este fragmento (3-4) de la *Homilía 50 sobre el evangelio de san Mateo*.

No pensemos que nos basta para la salvación el que, tras de haber despojado a viudas y pupilos, ofrezcamos al altar cálices de oro con adornos de piedras preciosas. Si quieres de verdad honrar este santo Sacrificio, ofrece tu alma por la que Cristo fue inmolado. A ella hazla de oro. Pero, si es de calidad inferior al plomo y aun al barro, ¿qué lucrarás con que el cáliz sea de oro? No cuidemos, pues, únicamente de ofrecer cálices de oro, sino que estos sean fabricados de lo adquirido en justo trabajo. Entonces serán más preciosos que el oro, pues provendrán no de avaricias ni de rapiñas. No es la iglesia orfebrería ni platería, sino reunión de ángeles; de manera que lo que necesitamos son almas, ya que los cálices Dios los admite en vista de las almas.

No era de plata la mesa aquella ni de oro el cáliz aquel en que Cristo dio su sangre a los discípulos; y, sin embargo, mesa y cáliz eran a la vez preciosos y temibles, porque todo estaba lleno del Espíritu Santo. ¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando anda desnudo. No lo vayas a honrar aquí dentro con paños de seda, mientras allá fuera lo olvidas a Él, afligido del frío y la desnudez. El que dijo: «Esto es mi cuerpo» (*Mateo 26,26*), y de verdad realizó lo que decía, ese mismo dijo también: «Me visteis hambriento y no me disteis de comer»; y también: «Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis» (*Mateo 25,42-45*).

El cuerpo sagrado no necesita aquí de vestido, sino de un alma pura; en cambio, allá fuera necesita de muchos cuidados. Aprendamos a ser sabios y a honrar a Cristo en la forma que él quiere. Porque para quien recibe honor, el honor más grato es aquel que él mismo desea y no el que nosotros ideemos. Pensaba Pedro honrar a Cristo cuando le impedía lavarle los pies; pero eso que él intentaba no era honor, sino todo lo contrario. Pues también tú hónralo en la forma que Él mismo ordenó con ley, repartiendo tus riquezas con los pobres. No necesita Dios de vasos de oro, sino de almas de oro.

Y no digo esto para prohibir que semejantes dones se ofrezcan, sino rogándoos que juntamente con ellos y aun antes que ellos, se haga limosna. Cristo acepta esos dones, pero mucho más la limosna. Porque en esos dones solamente el que los ofrece saca utilidad, pero en la limosna también el que lo recibe. En aquellos puede haber ocasión de vanagloria y vana ostentación; pero en la limosna solamente hay benignidad. ¿Qué utilidad se sigue de que la mesa de Cristo esté cargada de vasos de oro, mientras Él perece de hambre? Antes que nada, sacia tú al hambriento, y luego, de lo sobrante, adorna a Cristo en su mesa. ¿Cáliz de oro fabricas y no das un vaso de agua? ¿Qué necesidad hay de ornamentar la mesa con telas tejidas de oro y, en cambio, no dar a Cristo ni siquiera lo necesario para el indispensable vestido? ¿Qué utilidad se saca de eso?

¿QUÉ ES UN SACRAMENTO?

JAUME FONTBONA MISSÉ

Fotografía: CPL

El sacramento es un don del amor de Dios Padre a la humanidad desde la Iglesia, mediante su Hijo Jesucristo y con la fuerza del Espíritu. Un don que se visibiliza en unos gestos y unas palabras, que devienen ritos y plegarias. Los gestos y las palabras remiten a unas palabras y unos gestos de Jesús que la Iglesia confiesa como significativos a fin de expresar este don de Dios.

Los sacramentos nos relacionan con el Padre y con el Hijo encarnado, muerto y resucitado y sentado a la derecha de Dios Padre y con el Espíritu Santo, y además, entre nosotros y con los pobres y las víctimas de todos los lugares y de todos los tiempos. No podemos aislar ningún sacramento del misterio de comunión de la Santísima Trinidad ni del misterio de comunión que es la Iglesia, ambos se expresan en el sacramento del amor por excelencia que es la Eucaristía.

Y el don se convierte en *regalo* por su visibilidad en ritos y plegarias, que tienen como autores invisibles las dos manos con que Dios Padre actúa en la historia, o sea, su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo. El autor visible es la Iglesia, una visibilidad manifestada en los que han recibido el sacramento del orden y en los que han recibido los sacramentos de la iniciación cristiana. Y la fe de los que reciben los sacramentos acoge y confiesa este regalo de amor de Dios a la humanidad, que hace a través de la Iglesia, el pueblo

que el Padre se ha elegido para que sea el signo e instrumento de la unidad de toda la humanidad con la Santísima Trinidad.

El sacramento es un signo visible de una realidad invisible (el don del amor de Dios) pero, al mismo tiempo, es *una confesión de fe* (es decir, un *memorial* de la obra del amor de Dios en la historia) y *una promesa* (esto es, *prenda* del Reino de Dios inaugurado y esperado). Cada sacramento, con ritos y plegarias, por lo tanto, visiblemente, *expresa* lo que creemos y *anticipa* lo que esperamos, de manera que se convierte en *icono* del Reino inaugurado y esperado. El lenguaje simbólico de toda la acción sacramental lo *recibimos* de la Iglesia y se enmarca dentro del dinamismo del Espíritu Santo; así queda bien claro que los sacramentos no nos los fabricamos ni se hacen por arte de magia. Por eso los sacramentos se enmarcan dentro del tejido de la fe que vincula acontecimiento y promesa. La fe, sin embargo, no hace el sacramento, pero reconoce la realidad nueva que *degustamos*.



Los siete sacramentos (Emaús 86), de Jaume Fontbona

El contenido de este artículo, ampliado, lo puedes encontrar en este libro:
<https://bit.ly/46sF36e>

SERENA NOCETI: EL DIACONADO DE LAS MUJERES, UN IMPERATIVO

CARME MUNTÉ MARGALEF



Serena Noceti en el Centro di Orientamento Pastorale de la Conferencia Episcopal Italiana

¿Cuál es la importancia de desarrollar el diaconado en la Iglesia?

El diácono tiene un ministerio único e insustituible. Como dice la *Lumen Gentium* 29, los diáconos son ordenados «al ministerio pero no al sacerdocio», es decir, son ministros ordenados pero en grado no sacerdotal. Como los demás ministros ordenados (obispos y presbíteros), guardan la fe apostólica y sirven al Nosotros eclesial, pero de una forma especial, no con un ministerio de presidir o celebrar los sacramentos, sino con un ministerio de animar y promover la caridad en la Iglesia. Tienen un ministerio complementario al del presbítero, como es evidente en la Eucaristía. Los diáconos proclaman el Evangelio, recogen las ofrendas de los fieles, llaman al intercambio de la paz, dan la despedida al

final de la celebración. Yo diría que custodian la fe apostólica y sirven a la Iglesia relacionando el Evangelio con la vida cotidiana vivida en el amor, el trabajo, el servicio a todos y las relaciones caritativas. Especialmente al servicio de los más pobres. Muestran que una fe que no se convierte en servicio concreto por amor, en la vida cotidiana, es vacía, inútil. Animan a toda la comunidad a vivir la diaconía, el servicio como lo vivió Jesús. Es una tarea esencial, para que la fe cristiana no se reduzca a lo sagrado desvinculado de la vida, para que la fe no se reduzca solo a una dinámica sacramental.

¿Qué papel tenía la diaconisa según la tradición?

En los siete primeros siglos disponemos de centenares de testimonios litúrgicos y jurídicos, epígrafes funerarios y

El diaconado como grado autónomo y permanente fue restablecido por el Concilio Vaticano II, casi mil doscientos años después de su desaparición. Hasta entonces, había permanecido solo como grado transitorio con vistas a la ordenación sacerdotal. Ahora bien, en muchas diócesis, sobre todo de Asia y África, todavía no se está llevando a cabo. «No hay Iglesia sin diaconado», afirma la teóloga laica italiana Serena Noceti, a la vez que defiende que abrir el diaconado a las mujeres es un imperativo.

Serena Noceti es doctora en Teología Dogmática, profesora titular en el [Instituto de Ciencias Religiosas de la Toscana en Florencia](#), de la Facultad Teológica de la Italia Central, miembro fundador de la [Asociación de Mujeres Teólogas Italianas](#) y vicepresidente de la [Asociación Teológica Italiana](#).

textos literarios que nos presentan los nombres de diaconisas y sus actividades, sobre todo en las Iglesias de Oriente (menos en Occidente). Empezando por Febe, *diákonos* de la Iglesia de Cencreas, de quien nos habla Pablo en la Carta a los Romanos, en el capítulo 16. No sabemos en qué consistía concretamente su ministerio, pero vemos que está vinculado a una función de autoridad reconocida a una comunidad concreta, la de Cencreas, una localidad cercana a Corinto.

En siglos posteriores podemos citar el caso de Olimpia, una diaconisa (o mejor decir, diacona) de Constantinopla. Juan Crisóstomo le dirige diecisiete cartas: Olimpia es una de las más estrechas colaboradoras de Crisóstomo. Es una mujer rica y culta, ha fundado un monasterio, donde desarrolla una intensa actividad de promoción de la caridad y la hospitalidad, tiene un destacado papel eclesial público, sobre todo cuando Crisóstomo es enviado al exilio. Luego nos encontramos

La ordenación de mujeres al diaconado permitiría un servicio a la fe apostólica con voz, presencia y acción femeninas

con las historias de muchas otras mujeres diaconas. No hay una lista única de las actividades que cada diacona debía realizar: de algunas recordamos un papel en el bautismo de las mujeres, porque unguían el cuerpo durante el rito; de otras recordamos una actividad de evangelización y de catequesis hacia las mujeres, pero no solo; otras fundaron iglesias, monasterios; otras asistieron y ayudaron a los pobres, a los niños, a los que tenían dificultades. Pero no se puede pensar en una lista estandarizada. Como en todos los ministerios, el ejercicio depende de las necesidades específicas y de las costumbres de las Iglesias locales.

¿Cuáles serían las características propias del ministerio en el caso de abrirlo a las mujeres?

Desde la década de 1970, el debate teológico y la investigación sobre la posibilidad del diaconado femenino se han centrado en una cuestión básica: en la antigüedad, ¿las mujeres eran ordenadas diáconas, como los hombres, o era una bendición en su caso? En las palabras que usamos hoy, ¿se trata de un ministerio ordenado, con imposición de manos, o es un ministerio instituido, de mujeres laicas? Personalmente, creo que se trata de un verdadero ministerio ordenado: los ritos antiguos nos muestran palabras similares y los mismos gestos para la ordenación de hombres y mujeres al diaconado. El rito se realizaba junto al altar y no fuera del área de culto, como ocurría con las bendiciones y las órdenes menores. Las mujeres recibían, como los hombres, el horarion, la estola diaconal, que llevaban –como los hombres– sobre el hombro izquierdo. Según algunas fuentes, las diaconisas entraban en la zona reservada al clero. La Iglesia armenia sigue ordenando hoy a diáconos, hombres y mujeres, en la misma celebración. Se pueden encontrar fácilmente en Internet fotos de la ordenación de una diacona en Teherán en 2017.

¿Se podría esperar alguna decisión a raíz del Sínodo actual?

No solo lo espero, sino que lo considero imperativo. Espero que se tome una decisión para la ordenación diaconal ministerial y para definir unos procedimientos que permitan a las mujeres superar el techo de

crystal que impide un verdadero liderazgo femenino, que supere el actual régimen de concesión de poderes, de cooptación opaca de solo algunas. Hoy, sesenta años después de la restitución del diaconado permanente en el Vaticano II, creo que ha llegado el momento de restituir el diaconado de las mujeres. Se tratará, como en el caso del diaconado masculino, no de reproducir la misma figura de la antigüedad, sino de pensar en una figura ministerial, enraizada en la Tradición, pero nueva, que responda a las necesidades de la Iglesia de hoy. Además, se podría pensar en dejar la restitución a las conferencias episcopales: hay contextos sociales y eclesiales en los que las mujeres ya son reconocidas como líderes de comunidades en ausencia de un presbítero; en los que las mujeres (religiosas y laicas) bautizan, predicán, asisten a bodas y celebran funerales, preparan a agentes pastorales laicos, animan las celebraciones dominicales. Pienso en lo que surgió en el Sínodo para la Amazonia, pero también en muchas solicitudes y experiencias en Europa, Australia, América del Norte. El documento conciliar *Ad gentes* 16, llama a estas actividades «verdaderamente diaconales» y exige el sacramento del orden para los hombres que las realizan. Ha llegado el momento de esta opción eclesial.

Entrevista completa:
<https://bit.ly/46roE1y>



VIVIR LA SACRAMENTALIDAD DESDE LA ACCIÓN CATÓLICA

CORI CASANOVA BARBERÀ

La Acción Católica entiende su misión evangelizadora confiada por la Iglesia desde una visión sacramental del mundo, es decir, la misma historia de la humanidad, la cotidianidad de los hombres y mujeres, es signo de la encarnación y la salvación de Dios en la historia.

No podemos entender una vida de fe sin la experiencia sacramental, vivida en comunidad que celebra y anuncia. En los sacramentos encontramos el don gratuito de Dios, que se da, perdona, acompaña, une, y nos hace capaces de vivir las realidades complejas del mundo desde la esperanza que no defrauda.

En el bautismo se encuentra el origen de la misión de la Acción Católica, del laicado en general, bautismo que nos hace corresponsables en la misión de la Iglesia y nos atribuye «la implantación de la Iglesia en el mundo» (*Ad gentes* 15) como un auténtico ministerio que brota de este sacramento. ¿Quién lo

hará sino un laicado capaz de observar y reflexionar sobre el mundo que lo rodea, en el que se encuentra inmerso, y de ponerlo en las manos de Dios? ¿Quién lo hará sino un laicado que ora para tener los «ojos de la fe» que permiten descubrir a Cristo Resucitado en las líneas torcidas de la historia y para recibir la fuerza del Espíritu para vivir mostrando el amor de Cristo a los tiempos que nos toca vivir?

De aquí la revisión de Vida como herramienta para esta «lectura creyente» de la vida y como camino de conversión personal –auténtica pedagogía del sacramento de la reconciliación– para ser mejores seguidores, discípulos de Jesucristo, al lado de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. También los grupos de vida son un espacio privilegiado para la preparación y la vivencia del sacramento del matrimonio, así se vive desde el discernimiento comunitario y en la Iglesia.

La parroquia se convierte en el espacio donde se descubre el valor de la Eucaristía desde la infancia hasta la vida adulta. Así la Eucaristía, como participación real –mucho más que un recuerdo– en la entrega de Cristo por la humanidad, y la victoria definitiva sobre la muerte y el mal, se convierte en fuente que renueva y que nos permite ser «sal y luz». Y a la vez es testimonio para los más pequeños de la fe y la alegría de la comunidad cristiana.

El peligro de la Acción Católica, en sus diversas modalidades, es que la acción, la capacidad de análisis, los compromisos, terminen siendo el último objetivo, olvidando que la misión última es la que Jesucristo encomendó a su Iglesia:

Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos (*Mateo* 18,18-20).

En los sacramentos se hace realidad de un modo palpable este «yo estoy con vosotros».



Fotografía: Joan Andreu Parra

LOS SACRAMENTOS EN EL DIÁLOGO ECUMÉNICO

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS

Fotografía: Cathopic

Los discípulos de Cristo están vinculados, en primer lugar, por la caridad. Además, están llamados a la unidad plena y visible (meta de todo ecumenismo) que debe estar asegurada por manifiestos vínculos de comunión. Estos vínculos visibles se cifran en tres dimensiones (fe, sacramentos, autoridad), a saber: la unidad en la profesión de la fe apostólica, la celebración en el culto divino y la sucesión apostólica por el ministerio. Por tanto, la unidad en la vida sacramental y la unidad en el sacramento del orden se constituyen en dos elementos fundamentales de los que depende el grado de comunión entre unas confesiones cristianas y otras.

En el pasado, la diferencia de reconocimiento y comprensión de los sacramentos fue origen de ruptura, distancia y separación. Algunas confesiones negaron el septenario sacramental y la Iglesia católica dejó de reconocer la validez del ministerio, por lo que los sacramentos quedaban seriamente afectados. Esta es la razón por la que el diálogo teológico ecuménico posconciliar se ha ocupado en muchas ocasiones de la cuestión sacramental, particularmente con anglicanos y protestantes.

Por ser cuestiones tan relevantes, la celebración, administración y recepción de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, es un área de encuentro y, a la vez, especialmente sensible y de significativa tensión en las relaciones ecuménicas. Celebrar y compartir sacramentos da idea del grado de unidad y comunión que compartimos.

En el ámbito del Consejo Mundial de las Iglesias, se firmó un documento conocido como BEM (bautismo, Eucaristía y ministerio) que supuso un paso adelante en el reconocimiento y convergencia teológica general. Con los luteranos, la Iglesia católica firmó un importante documento (*La Cena del Señor*) que acercaba posturas sobre presencia y sacrificio. Con respecto a los anglicanos, los católicos llegaron a acuerdos teológicos muy importantes sobre la Eucaristía y el ministerio ordenado en los años ochenta del siglo XX, aunque las cuestiones más recientes de la ordenación de la mujer y la ordenación episcopal de algún homosexual declarado han agrandado las distancias entre las posturas alcanzadas.

El Concilio Vaticano II reconoció a todos los que creen en Cristo y son bautizados con agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, son honrados con el nombre de cristianos y son verdaderamente nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Gracias a ello, podemos rezar juntos la oración del Señor, reconociendo a Dios como Padre y declarando nuestros vínculos de fraternidad.

Por la conciencia tan fuerte que tiene la Iglesia católica sobre la relación entre comunión eclesial y comunión eucarística, entiende que solo podremos beber del mismo cáliz del Señor cuando estemos en plena comunión eclesial. Por eso, es necesario imitar a Cristo en la oración por la unidad: «Que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Juan 17,21*).

La luz

La luz es uno de los símbolos de Navidad: representa la divinidad, la esperanza, el renacimiento, la alegría y la generosidad. Nos recuerda la llegada de Jesús como la luz del mundo, y nos reaviva la ilusión de que vengan días más brillantes y la invitación a compartir la alegría y la felicidad con los demás durante esta temporada festiva.

La luz es un símbolo de renovación y de vida. La Navidad se ubica temporalmente en el comienzo de un nuevo ciclo anual y se celebra alrededor del solsticio de invierno en el hemisferio norte, cuando los días son más cortos y las noches más largas. La luz simboliza el renacimiento del sol y el retorno de la luz solar después del solsticio, lo que representa la promesa de días más largos y el renacimiento de la naturaleza. En este sentido, la luz de Navidad representa la esperanza y la promesa de un futuro lleno de luz y de expectación.

Además, la luz en la Navidad también puede asociarse con los conceptos de compartir y difundir la alegría. Las luces y los adornos brillantes en las calles, las casas y los árboles de Navidad crean un ambiente festivo y alegre. Estas luces hacen referencia a la generosidad y la solidaridad, ya que se comparten con los demás para iluminar y embellecer el entorno. Simbolizan el deseo de compartir la felicidad y la alegría de la temporada navideña con los seres queridos y con la comunidad en general.

La luz es uno de los símbolos más significativos de la Navidad y tiene múltiples interpretaciones. La luz simboliza el nacimiento de Jesús como «la luz del mundo». La luz de las velas y las luces brillantes que se utilizan en la decoración navideña representan esta luz divina que guía y trae alegría en la oscuridad.

En la carne

Si algo caracteriza la fiesta de Navidad es que Dios viene en la carne. La creación entera se encuentra habitada por la presencia luminosa de Jesús. Las celebraciones litúrgicas son, según muchos liturgistas, una especie de continuidad de la corporeidad de Jesús en medio de su gente.

La liturgia está llena de elementos corporales como el pan, el vino e incluso de mediaciones humanas como la palabra, los gestos... Y, a través de ellos, reconocemos la presencia abundante y recreadora de Dios en medio nuestro. No solo de modo espiritual, sino, y fundamentalmente, en toda la creación, en la carne.

INCULTURAR LOS SACRAMENTOS EN LA VIDA

GABINO URÍBARRI BILBAO

1. Los sacramentos son para la vida

Los sacramentos cristianos son sacramentos de la fe para la vida. Según santo Tomás se sitúan en las encrucijadas existenciales que atraviesan la vida humana. Siguiendo esta lógica, se habla de sacramentos de iniciación (bautismo, confirmación y Eucaristía), de curación (penitencia y unción) y de servicio a la comunidad (orden y matrimonio). El organismo sacramental de la Iglesia está al servicio del itinerario y del momento personal de la vida de cada creyente, para alcanzarle con la fortaleza de la gracia en su concreta situación personal.

2. Los sacramentos pertenecen al orden simbólico

La lógica que preside los sacramentos es la del símbolo, ya sea que los definamos como signos sensibles que causan la gracia (*Sacrosanctum Concilium* 59) o como símbolos de algo sagrado (Concilio de Trento: DH 1639). El lenguaje de los símbolos posee características peculiares. No se capta la significación de los símbolos si no se accede al mundo que los símbolos significan. Por ejemplo, en muchos países asiáticos el duelo se expresa mediante el color blanco en la vestimenta, mientras que en la tradición occidental el color del duelo es el negro. Lo que hace significativo al color como símbolo de duelo es el mundo de significados compartidos. Los sacramentos son realmente sacramentos de la vida cuando se da una intersección entre la lógica simbólico-sacramental, propia de la fe, y el momento de la vida de las personas que participan de la celebración sacramental. Sin esta intersección, que es precisamente la inculturación, las celebraciones corren el peligro de quedar en ritos vacíos.

3. La inculturación de los sacramentos en la vida implica un doble recorrido

La inculturación de la fe en la Iglesia antigua supuso expresar la fe cristiana empleando para ello categorías de la filosofía griega. Así, algo de la mentalidad griega se asumió. Pero también implicó doblegar las categorías de la filosofía griega, transformándolas y moldeándolas, para que se ajustaran al contenido de la fe cristiana. Por

eso también significó desprenderse de elementos típicos del espíritu griego, como la contraposición radical entre Dios y el hombre, que hacía impensable la encarnación de Dios en Jesucristo.

La inculturación de los sacramentos en la vida requiere que los sacramentos, desde su matriz cristiana, iluminen la circunstancia vital en la que se celebran. Poseen una dimensión profética de interpelación. Pero también exige que la vida concreta, en sus circunstancias particulares, incida en la celebración sacramental, la impregne y moldee, para que la celebración no caiga en un ritualismo abstracto y vacío. Los rituales ofrecen muchas posibilidades pastorales para esta conexión vida-sacramentos.



Fotografía: Imagen de la portada del libro *Sacramentos para la vida* (Dossiers CPL 145)

«Inculturación»: El esfuerzo de la Iglesia por hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado medio sociocultural, llamándolo a crecer según todos sus valores propios, en cuanto son conciliables con el Evangelio. El término inculturación incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento mutuo de las personas y de los grupos, del hecho del encuentro del evangelio con un medio social. Según Juan Pablo II, en los grandes apóstoles de los eslavos «se encuentra un ejemplo de lo que hoy se llama inculturación, a saber: la inserción del Evangelio en una cultura autóctona y la introducción de esa misma cultura en la vida de la Iglesia».

EL PAPEL DE LOS SACRAMENTOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

ANNA ALMUNI DE MUGA



Fotografía: CPL

La carta a Diogneto (obra apologética de finales del siglo II, de origen incierto, singular por su belleza y elegancia) nos describe la presencia de los cristianos en el mundo:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por la nación ni por la lengua ni por las costumbres, obedecen las leyes establecidas, pero con su modo de vivir superan las leyes. [...] Con actitud positiva y pacificadora que les permite vivir en medio de la sociedad con simpatía a todo lo que es humano, porque son ciudadanos como los demás, pero interiormente tomados por el Dios de Jesús.

El mundo es el gran sacramento de Dios y el ser humano, con «los ojos abiertos», es capaz de leer el mensaje e interpretar y entender el sistema de signos; lo que es simbólico y sacramental es dimensión profunda de la realidad humana. Los sacramentos son lenguaje entre el ser humano, el mundo y Dios; son señales que nos ayudan a celebrar «los gozos y las esperanzas», y acompañar «las tristezas y las angustias» (*Gaudium et spes* 1) del camino de los hombres y mujeres a través del tiempo anunciando hoy al Cristo. También, en el siglo XXI, somos capaces de descifrar el significado de los signos del mundo y de expresar la interioridad simbólicamente.

Los cristianos viven dentro de culturas específicas, llevándoles a Cristo en la Palabra y en el Sacramento. Comprometiéndose en el servicio de la caridad, acogen con humildad y alegría el misterio de Cristo

que ya los espera en cada lugar y en cada tiempo. De este modo, se convierten en una Iglesia «de toda raza, lengua, pueblo y nación» (*Apocalipsis* 5,9). (*Una Iglesia sinodal en misión*, núm. 5a).

La Iglesia es comunidad de mesa del que se sienta con los suyos como resucitado invisible y sigue repartiendo el pan para construir el nuevo Pueblo de Dios, de toda la humanidad, por vosotros y por todos, llamada a entregarse al servicio a todos. Sus discípulos debemos entender cómo ser-para-los-demás, para todos, como Jesús.

La Última Cena es la fusión de los discípulos con el Señor y entre ellos, es signo de la presencia permanente del Señor y manifiesta la obra y las intenciones de Jesús. La mesa con los pecadores y marginados sociales que encontramos en los evangelios nos ofrecen varios ejemplos, que culminan en el cenáculo. Las comidas de Jesús con los pobres eran signo de la bondad salvadora de un Dios que se sienta en la mesa con los hombres y es anticipación de la Última Cena.

La comunidad reunida en la «mesa eucarística» es experiencia de salvación que Jesús quiere transmitir a la humanidad. Hace presente el Reino y será pan partido en posesión de su comunidad. La Iglesia no tiene una misión, es misión, «seréis mis testigos».

CRISTO, EL SACRAMENTO DEL PADRE

A veces, cuando hablamos de *sacramentos*, nos olvidamos de que sacramento, ya desde san Agustín, es el signo sensible de la gracia de Dios en las personas, y que, aunque lo identifiquemos con los siete sacramentos, propiamente el sacramento del Amor de Dios, tal como dice el apóstol Pablo, es Jesucristo: «A quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (*Colosenses 1,27*).

Sin embargo, ¿cuántas veces parece que los cristianos nos dirigimos a un Jesús del pasado?

¿Cuántas veces no nos hemos quedado atrapados en las historias sagradas sin actualizarlas, sin vivirlas como nuestra historia actual?

Porque Jesús continúa vivo y continúa salvándonos, y su misión no ha terminado ni terminará hasta el fin de los tiempos.

¿Soy realmente consciente de que Tú, Señor, eres (continúas siendo) *mi*, y nuestro, Salvador?

¿Realmente te noto vivo y presente en mi vida?

¿Puedo «tocarte» con mis manos en los demás?

¿Te veo presente y actuante en los signos sacramentales con que la Iglesia celebra la gracia de Dios?

Me temo que, a veces, Señor, no es así;

no siento tu presencia *viva*,
el Amor del Padre a mi alrededor...

y es que me puede la misma «ceguera» de santo Tomás.

Y, entonces, resuenan en mí tus Palabras

como una invitación amable y confiada a acogerte:

«Bienaventurados los que crean sin haber visto» (*Juan 20,29*).

Amén.



Hoja verde 82, serie «Sacramentos»

Símbolos litúrgicos: la Eucaristía

<https://bit.ly/46xYHgW>

Hoja verde 40, serie «Ministerios»

Consejos de locución para los lectores litúrgicos

<https://bit.ly/4a44P3N>



LA ESPIRITUALIDAD DEL TIEMPO DE ADVIENTO

PEDRO MANUEL MERINO QUESADA



Fotografía: Antoni M.C. Canal

Que la multitud de Cristo clame sus mejores alabanzas al Creador del Universo, cuando siente presente las gracias próximas.

Estos versos, están tomados del himno latino titulado *Christi Caterva*, del oficio de lecturas para el Tiempo de Adviento de la liturgia hispano-mozárabe. De su mano, nos adentramos en la espiritualidad propia de este tiempo litúrgico, que nos prepara para la llegada del Señor. La celebración del Adviento es la congregación de la multitud de los hijos de Dios que alaban al Padre y Creador porque las gracias futuras ahora están presentes.

El Tiempo de Adviento, por tanto, no solo espera el porvenir de la salvación. Tampoco se reduce a

la preparación de las fiestas de la Navidad. Ambos aspectos son propios de este tiempo, pero no agotan su riqueza espiritual. La celebración del Adviento nos recuerda que la gloria futura ya está presente, y que en el último día, la salvación alcanzará plenitud.

Por eso, el Adviento nos invita a celebrar y meditar la historia de la salvación. Cada creyente es un agente activo de esta historia salvífica que se ha trazado en dos momentos. Ambos tiempos se refieren el uno al otro en una unidad perfecta. El primero de ellos es el tiempo de la promesa. En este tiempo, los protagonistas son los profetas que anuncian la futura llegada del Mesías e interpretan la historia de Israel.

El último tiempo es el del cumplimiento iniciado con la encarnación del Verbo y su nacimiento en la plenitud de la historia. Cada Adviento es celebrado en los tiempos finales de la historia. Desde el hoy, el Tiempo de Adviento mira al pasado; nos recuerda que Cristo vendrá glorioso al final de los tiempos y también nos prepara para la próxima Navidad. Los dinamismos del anuncio y del cumplimiento de la promesa nos envuelven y nos abren a recibir la plenitud de la salvación que se realizará en el futuro final.

Ciertamente, ya estamos salvados por la entrega de Cristo en la cruz. Pero la salvación no ha alcanzado en nosotros la plenitud, pues todavía vivimos en la realidad histórica y temporal. Por tanto, estamos salvados en esperanza. El Adviento celebra esa esperanza y la certeza de la salvación. El Espíritu Santo, que lleva a plenitud la obra del Padre en el mundo, hace posible esta certeza porque nos entrega las primicias de la plenitud consumada.

El Adviento, por tanto, es también el tiempo del Espíritu Santo. El Santo Espíritu es auténtico precursor de Cristo que actuó en san Juan Bautista, que habló por los profetas, que fecundó las entrañas purísimas de la Santa Virgen, y que nos hace decir: *¡Maranatha!*, *¡Ven, Señor Jesús!*



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://bit.ly/3cPOItN>



Accede a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace: <https://bit.ly/3QR4Z5v>

Adviento y Navidad, ciclo B

Del 3 de diciembre de 2023 al 7 de enero de 2024

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Domingo 1 de Adviento 3 diciembre	¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! <i>Isaías 63,16c-17.19c;64,2b-7</i>	Aguardamos la manifestación de Jesucristo <i>1 Corintios 1,3-9</i>	Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa <i>Marcos 13,33-37</i>
Inmaculada Concepción 8 diciembre	Pongo hostilidad entre tu descendencia y la de tu mujer <i>Génesis 3,9-15.20</i>	Dios nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo <i>Efesios 1,3-6.11-12</i>	Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo <i>Lucas 1,26-38</i>
Domingo 2 de Adviento 10 diciembre	Preparadle un camino al Señor <i>Isaías 40,1-5.9-11</i>	Esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva <i>2 Pedro 3,8-14</i>	Enderezad los senderos del Señor <i>Marcos 1,1-8</i>
Domingo 3 de Adviento 17 diciembre	Desborde de gozo en el Señor <i>Isaías 61,1-2a.10-11</i>	Que vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga hasta la venida del Señor <i>1 Tesalonicenses 5,16-24</i>	En medio de vosotros hay uno que no conocéis <i>Juan 1,6-8.19-28</i>
Domingo 4 de Adviento 24 diciembre	El reino de David se mantendrá siempre firme ante el Señor <i>2 Samuel 7,1-5.8b-12.14a.16</i>	El misterio mantenido en secreto durante siglos ahora se ha manifestado <i>Romanos 16,25-27</i>	Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo <i>Lucas 1,26-38</i>
Navidad - Medianoche 25 diciembre	Un hijo se nos ha dado <i>Isaías 9,1-3.5-6</i>	Se ha manifestado la gracia de Dios <i>Tito 2,11-14</i>	Hoy os ha nacido un Salvador <i>Lucas 2,1-14</i>
Navidad - Aurora 25 diciembre	Mira a tu Salvador, que llega <i>Isaías 62,11-12</i>	Según su propia misericordia, nos salvó <i>Tito 3,4-7</i>	Los pastores encontraron a María y a José y al niño <i>Lucas 2,15-20</i>
Navidad - Día 25 diciembre	Verán la salvación de nuestro Dios <i>Isaías 52,7-10</i>	Dios nos ha hablado por el Hijo <i>Hebreos 1,1-6</i>	El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros <i>Juan 1,1-18</i>
Sagrada Familia 31 diciembre	Uno salido de tus entrañas será tu heredero <i>Génesis 15,1-6; 21,1-3</i>	La fe de Abrahán, de Sara y de Isaac <i>Hebreos 11,8.11-12.17-19</i>	El niño iba creciendo, lleno de sabiduría <i>Lucas 2,22-40</i>
Santa María, Madre de Dios 1 enero	Invocarán mi nombre y yo los bendeciré <i>Números 6,22-27</i>	Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer <i>Gálatas 4,4-7</i>	Le pusieron por nombre Jesús <i>Lucas 2,16-21</i>
Epifanía del Señor 6 enero	La gloria del Señor amanece sobre ti <i>Isaías 60,1-6</i>	Los gentiles son coherederos de la promesa <i>Efesios 3,2-3a.5-6</i>	Venimos a adorar al Rey <i>Mateo 2,1-12</i>
Bautismo del Señor 7 enero	Acudid por agua; escuchadme, y viviréis <i>Isaías 55,1-11</i>	El Espíritu, el agua y la sangre <i>1 Juan 5,1-9</i>	Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco <i>Marcos 1,7-11</i>

Los sacramentos en mi vida

VIQUI MOLINS GOMILA, STJ

Los sacramentos en mi vida han cambiado de significado, no en sí mismos, porque siempre serán «signos visibles y eficaces de la gracia de Dios», pero sí por lo que significan en mi vida y mi entorno.

Bautismo, confirmación, penitencia y Eucaristía, que son los que marcaron mi vida sacramental, han sido –al principio– «unos ritos» que sucedían adyacentes a mi vida familiar y colectiva en un ambiente propio del nacionalcatolicismo en España. Acompañaron mi vida litúrgica, familiar, escolar y mi intimidad con Dios. Cobraron un cariz especial cuando mi consagración en la vida religiosa estaba inmersa en las «prácticas» diarias o semanales medio obligatorias, igual que todo lo que se vivía en una época como la de mi juventud.

¿Cómo los vivo en el momento actual?

Lo primero que puedo decir es que dejan de ser algo obligatorio que responde a una normativa impuesta. Intento también que no se conviertan en una rutina. De tal modo que, los dos sacramentos que vivo en este momento de mi vida –la penitencia y la comunión– quedan propiamente reducidos a uno con un significado profundo y, yo diría, carismático.



El bautismo y la penitencia van unidos a la Eucaristía, que constituye el eje de mi vida sacramental. Y me refiero a la Eucaristía dominical, la que me reúne semanalmente con una comunidad parroquial que intentamos vivir la profunda y conscientemente. Y, sobre todo, de un modo participativo.

El bautismo porque renuevo las promesas que hicieron mis padres y padrinos cada vez que proclamamos el credo. La comunión porque recibo el pan y el vino que recuerda aquella Última Cena que Jesús vivió, no tanto como un ritual, sino como una despedida y un memorial que nos dejaba para que nosotros pudiéramos vivir con Él y como Él, partiendo y compartiendo el pan y «lavarnos» mutuamente los pies. Es decir, ponernos al servicio de nuestros hermanos. Allí

es donde confieso y pido perdón por mis pecados.

Y eso lo vivo cada domingo alrededor de una gran mesa en la que nosotros, los fieles, no somos meros espectadores de unas *ceremonias* que hacen los ministros de la Iglesia allí arriba, en el presbiterio, sino partiendo y compartiendo el pan que después nos comprometerá a partir y compartir el pan con los hermanos. Esta *simplificación* no supone para mí una disminución, sino una unificación de la vida sacramental alrededor de la Eucaristía y de la comunión que «no es para los cristianos porque los merezcamos, sino porque lo necesitamos» como nos dice el papa Francisco.

Alrededor de esta Eucaristía semanal vivo ahora los sacramentos.